

que llamaba arbitrariamente, para reinstalar el tribunal de la Suprema Corte de Justicia, a los individuos que le parecía, y excluía a los que tenían derecho a formarlos, como era González Ortega,—nuevo flagrante atentado contra la Constitución— y la circular pasa inadvertida por maliciosa falta de publicidad. El tiro a boca de jarro va contra González Ortega, Vicepresidente legítimo, para cerrarle la entrada a la Presidencia.

El colmo.—El 30 de noviembre de 1865 expiraba el período administrativo de Juárez. En caso de no poder celebrarse las elecciones presidenciales, como no se podía, *constitucionalmente* recaía la Presidencia en González Ortega. Al denodado zapoteca se le va a saltar la breva de las manos. ¿Qué hace? Muy fresco y expeditivo lanza dos decretos con fecha de 8 de noviembre, disponiendo en el primero que por razón del estado de guerra, debían prorrogarse y se prorrogaban las funciones de Presidente de la República por todo el tiempo necesario; y que del mismo modo debían prorrogarse y se prorrogaban los poderes de la persona que tuviese el carácter de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, para sustituir al Presidente de la República en su falta. Declarando en el segundo decreto a González Ortega decaído de su cargo de Presidente de la Suprema Corte y de la categoría de general por delito de permanencia en país extranjero sin licencia ni comisión del Gobierno, lo cual era acusación amañada, infame calumnia y superchería.

Con este desenfado, rapacidad y tiranía dictatorial, Juárez por sí y ante sí se prorrogó indefinidamente el período presidencial con soberano desprecio del pacto fundamental de la Constitución, de la ley de 27 de octubre de 1862 sobre buen uso de facultades omnímodas, del título IV de la Constitución relativas al fuero y consideraciones de los funcionarios públicos. Estos son hechos, la usurpación de facultades escandalosa a no poder más.

Protestaron indignados contra tanta audacia, Manuel Ruiz, Ministro de la Guerra y Presidente de la Suprema Corte en ausencia de González Ortega, Eпитacio Huerta, el mismo González Ortega, Guillermo Prieto, Canales, Aureliano Rivera, Plácido Vega, Patoni, Quesada, Negrete, Tapia, Gómez, Berriozábal, Garza, Cortina, Juan Mateos.... Por igual moti-

vo innumerables jefes, oficiales y soldados abandonaron las filas y se fueron a sus casas, llegando a tal grado «en los últimos días de noviembre» las peticiones de indulto y las presentaciones, que el 29 el Ministro de Gobernación José M. Esteva por circular tuvo que ampliar el plazo de la ley imperial. En aquellos días como fruto de la colosal usurpación de Juárez acaba sin remedio el gobierno y partido liberal, a no ser por la torpeza y mentecatez inaudita e increíble de Maximiliano en salirse por el registro de sus innovaciones y aficiones liberalescas. Con la cabeza lo pagó.

A todo esto nuestro *evangelista* y novísimo Plinio para lavar la cara al negro, se arranca por peteneras del hombre causa, del hombre bandera: pura monserga. Ante el valor, constancia y abnegación de los guerreros, digna de más noble causa ¿qué era el grande hombre? Un cero, un ambicioso vulgar nada más. Ellos lo hicieron todo de sí y por sí.

Ante los venales o forzados panegiristas de Juárez, ante los defensores de consigna de su gloria póstuma, es elevado a la categoría de ente necesario para la República Mexicana. ¡Cuán en poco se estiman a sí y estiman a sus compatriotas esos botarates! ¿Qué, tanto había degenerado la raza, que entre unos doce millones de mexicanos ni uno solo se encontrase para un remedio, capaz de reemplazar las cualidades mediocres y muy mediocres de talento y carácter del divinizado zapoteca? ¡Qué prostitución del espíritu sectario!

XXXVIII

La reelección.

Triunfó la revolución, después de los colosales desaciertos del cuitado Maximiliano, por la casualidad—«la casualidad más que el general Escobedo, fué el vencedor de Querétaro:»—afirma Bulnes, y lo prueba.

Hace su entrada Juárez en México, festejado únicamente por su acompañamiento y algunos más.—Convoca a elecciones presidenciales, candidato él a la presidencia. Tan general y amenazadora fué la reclamación de los suyos mismos contra

la convocatoria, que hubo de apresurarse a cantar la palinodia con un manifiesto.

Conquista el trono presidencial a lo salteador, con la fuerza brutal que empleó, apoderándose a bayonetazos de las casillas electorales.

¡Salve, dictador togado!

Un panegirista suyo, Cosmes: tomo 2º, pág. 754:

«Y era tanto más impolítica la conducta de Juárez abusando escandalosamente de la fuerza en las elecciones, que confesaba de esta manera su completa impopularidad. ¿Qué significaba toda esa ostentosa apelación a los medios ilegales empleados sin pudor alguno y a toda luz, sino que el poder que regía entonces a la República, era fuerte solamente por su posición accidental, por los elementos militares de que disponía y por los medios corruptores que la nación había puesto en sus manos, pero que no tenía raíz ni base en el afecto espontáneo del pueblo?»

Siga el Plinio mexicano incensando a su ídolo, él sabrá por qué.

XXXIX

Ultima reelección.

Llegamos al 25 de junio de 1871. Nueva elección presidencial, peor que la pasada, porque está la cosa que arde.

Dice Paz: «Juárez convirtió las urnas del pueblo en depósitos de inmundicias.»

El incomparable Cosmes: tomo 3º, cap. V:

«Ese día, 25 de junio, fué un San Quintín en toda la República... Por todas partes se redujo a prisión a cuantas personas eran consideradas de influencia en el partido porfirista... por todas partes las casillas custodiadas por la fuerza armada, el pueblo suplantado descaradamente por los empleados, por los militares y por todos los demás que recibían un premio en dinero sacado de las arcas públicas... En la misma capital las bayonetas salieron a relucir como en su día de gala. El General Téllez Girón en mi manzana nos dijo, por ser sus

amigos, que tenía instrucciones del mismo Juárez para ganar la mesa a todo trance, aun haciendo uso de la fuerza, aun con facultades de mandar a la cárcel a cualquiera, aun para hacer fuego sobre nosotros con pretexto de guardar el orden. Esto mismo se repitió en las demás casillas electorales por órdenes personales de Juárez. Algunos quisieron resistir al poder, y esos fueron muertos o encarcelados. En los periódicos de 1871 pueden encontrarse los nombres de todas las víctimas y todos los verdugos. Yo me conformo con citar esta elección como el argumento más terrible contra el espíritu democrático de Juárez que hoy se le atribuye.»

El *Two Republics*, órgano de la colonia americana en México: «Los adversarios de Juárez están temerosos de una intervención activa y militar del Estado de Texas en caso de que se vea apurado.»

El *Heraldo* de Nueva York, mayo 1872, decía sin ambages que Juárez entregaría su patria a los Estados Unidos antes que permitir que gobernara el partido de la oposición. Lo aseveraban los periódicos juaristas, testigo Cosmes.

¿Habrá capciosidad posible ni resto de vergüenza para excusar estos hechos ni defender a su protagonista? ¿Sabrán esos lo que es vergüenza entre caballeros, ni aun entre escuderos?

XL

Muere D. Benito Juárez.—¿De qué.....?

El día 18 de julio de 1872 murió Juárez a lo réprobo, como buen apóstata y buen excomulgado, al segundo día de su mal.

¿De qué murió el desventurado? Que del cerebro, que del gran simpático, que de angina de pecho, según versiones de los suyos. El P. Planchet stampa esta opinión en su *Cuestión Religiosa*:

«Acerca de esta muerte tan repentina existe la creencia firme, profunda, aunque no apoyada en pruebas fehacientes, de que fué causada por el veneno que le administraron sus enemigos del bando liberal y masónico. Lo que da a esta ver-

sión muchos visos de verdad, son las públicas y frecuentes amenazas de muerte que se le dirigieron en los últimos meses de su existencia, y el desacuerdo significativo en que están los liberales para explicar satisfactoriamente la clase de enfermedad que lo llevó al sepulcro.»

De sus varias citas vaya ésta. *La Reconstrucción*, periódico de aquellos días, aseguraba que «siendo necesario sacar a balazos de la presidencia a Juárez, se debía acudir a este medio y sin tardar.»

Y otra de *El Occidental*: «Julio César era más grande que Juárez, y todos bendicen a Bruto, porque lo mató.»

Y la de *El Cíclope*: «He ahí el porvenir de nuestra patria, si no hay un Bruto, un Ravallac o un Carl Sand, un fanático que odie a los tiranos... Cuando una nación no tiene más esperanza que en la muerte de un individuo, es un héroe el que levanta la mano armada de un puñal; es un semidios el que salva a su patria, cualquiera que sea el medio de que se valga.»

Esos modernos Brutos, en la doble acepción, que tan desaprensivos y tan gloriosos preconizan, enaltecen y divinizan el asesinato vil del tirano, formaban en la salvaje horda liberal, que tratándose de los preclaros varones de la Compañía de Jesús, gravemente se escandalizan de ciertas opiniones relativas al caso, muy corrientes en la época de sus autores.

En suma, para el cotarro del partido, Juárez era el *tirano*, y lo era en realidad para todo el pueblo mexicano, y se la tenían jurada o decretada: acaece la muerte rápida, inesperada, inexplicada... ¿qué pensar?

Después aquellos mismos glorificaron a su víctima. ¿Qué masón de ley se empacha de hacer el doble papel de verdugo y panegirista de su víctima?

Conocía y temía a esos Brutos, como de la familia, el valiente Porfirio Díaz, y por esta razón tenía buen cuidado de arrojarles a su tiempo tajadas de carne clerical, en una u otra forma.

XLI

Gobierno típico de Juárez.

Con la bandera siempre del jacobinismo, eso sí, su gobierno correspondió al pelo y se adaptó como un hemisferio se ajusta al otro su igual, al plan único e idea simplista que él mismo se había forjado para su uso particular. Esta política, llamémosla así, y sistema personalísimo de su gobierno, reálzalo a satisfacción con unos cuantos brochazos Bulnes en su *Verdadero Juárez*, pág. 101, así:

«En el régimen presidencial parlamentario, el Presidente preside, pero no gobierna. Juárez dejaba obrar a la Cámara jacobina omnipotente, dejaba que le impusiera Ministros y que éstos hicieran lo que les convenía... Por medio del abandono completo de su autoridad, creía que así endosaba a otros su responsabilidad. Por lo mismo Juárez dejaba a sus Ministros que se alargasen, que se acortasen, que se doblasen, que se humillasen, que se enderezasen, que se arrastrasen, que asombrasen, que durmiesen o que trabajasen; nada le importaba; no era su papel gobernar sino presidir el Gobierno, bueno o malo, digno o indigno, y si no había Gobierno entonces presidía la anarquía, y si tampoco había anarquía ni Gobierno efectivo, como cuando estaba en Chihuahua, entonces presidía a su Gabinete, y si no tenía Gabinete, entonces presidía la soledad y el silencio. No tenía más que una pasión, no dejar de presidir.»

¿Qué Gobierno había de ser el de Juárez con esta ductilidad de carácter e inconsciencia, que hacía de él un manequí al capricho de sus Ministros, con este egoísmo de ambición y terco personalismo por única ley de su política?

Lo dice el loco Bulnes. Pero que no es loco en el señalamiento de los hechos garantes de su dicho, y corroboran su sentir al pie de la letra otros insignes liberales, que no eran locos, probando también con hechos esa exclusivista y avasalladora pasión presidencial del indio zapoteca.

XLII

Juárez provoca la intervención europea.

Juárez provocó la intervención europea. Es acusación de Bulnes; pero nosotros desentendiéndonos de la argumentación de éste, la fundamos en los juicios de calificados juaristas que nos brinda la *Cuestión Religiosa* del P. Planchet.

Juárez, que tantas cosas reconoció contra el derecho de gentes, según Bulnes (*Verdadero Juárez*, pág. 76), hasta contra la dignidad y soberanía de la patria, a tontas y a locas expidió el decreto de 17 de junio de 1861, suspendiendo por dos años los pagos de las asignaciones a las convenciones extranjeras. Vino la prevista y lamentable consecuencia.

Y no hay que echar el muerto, según inveterada costumbre progresista, a los pícaros reaccionarios; pues Bulnes terminantemente afirma (Obr. cit. pág. 16): «En México no había en 1861 partido monarquista grande ni pequeño;» y lo demuestra con las citas de los Generales Cobos y Zuloaga legalizadas y ratificadas con la firma del liberal Matías Romero.

Hablen ahora los de la hoja.

El intrépido panegirista de Juárez, Pereyra, abandona la defensa de su idolatrado y le hace responsable del diluvio de males que causó a México la intervención europea. «La suspensión de pagos fué algo semejante a la ocupación de una conducta o a la extracción de los fondos depositados en la Legación británica:» providencia tanto más criminal cuanto, según dijo el representante del Gobierno inglés, «la suspensión de pagos al tiempo que México había gastado seis millones en seis meses, era una vergonzosa falta de probidad que en ningún modo admitía excusa.»

Jefe de Gabinete era León Guzmán, el cual en unión de los demás Ministros, por varios días estuvo resistiendo a la imposición de Juárez, hasta que «al día siguiente nos volvió a instar por la suspensión de pago de las convenciones: le recordamos nuestras manifestaciones de la víspera; y como a pesar de ellas insistiera resueltamente, le anunciamos que ese mismo día presentaríamos por escrito nuestra dimisión.»

Ignacio Ramírez.—«Ese sistema de arbitrariedades en los pagos es el escándalo que la Europa ha invocado para justificar la intervención.»

José María Iglesias.—«Fué un paso desacertado.»

Manuel Márquez de León.—«Provocó a Europa a que buscara la alianza del partido conservador y justificó una invasión a mano armada.»

Pereyra.—«Fué una catástrofe nacional y el término de una carrera de desaciertos. Los estadistas mexicanos han fallado contra Juárez y contra el Congreso que votó la ley!»

Cosmes.—«La anarquía y los abusos fueron la causa de la guerra extranjera.»

Testifican los entusiastas amigos del héroe, del sistema y del régimen. ¿Qué más se quiere, ni qué falta hacen los argumentos de Bulnes?

XLIII

Bacanal de anarquía é inmoralidad bajo el Gobierno de Juárez.

Diputado Dondé en 1868.—«Quisiera ocultar el cuadro sombrío que retrata hoy la situación de la República, porque a nuestro crédito no convendría que dentro y fuera del país se creyese que hemos retrogradado al estado consuetudinario de anarquía en que nos sorprendió la guerra extranjera.» (Cosmes).

El mismo Cosmes (tomo 20, pág. 870.)—«El país se sacudía y desangraba como un hombre sujeto a accesos de epilepsia. Duelos, suicidios, escándalos de toda especie... fortunas improvisadas bajo el sistema corruptor de Juárez, altas posiciones políticas conquistadas por el servilismo, etc...» (tomo 19, pág. 322, 320, tomo 20, pág. 580). «Juárez recusa la formación de presupuesto... Matías Romero, Ministro de Hacienda, lleva hasta el colmo el sistema de bancarrota del erario; pues la suspensión de pagos llegó bajo su gestión a convertirse en regla y hecho normal... caudales públicos dedicados a bajos fines políticos, a pagar actas electorales... Juárez inventaba partidas de gastos imaginarios.»

Peculado en auge, hasta entre los mismos miembros del Gobierno, tapándose y defendiéndose mutuamente...descarado favoritismo... El ejército debía contar con 20,000 hombres, y aunque nunca pasara de 15,000, se pagaba un presupuesto de 30,000 con los aumentos imaginarios. Cada división de tres o cuatro mil hombres recibía haberes por el doble, y consumía gruesas sumas en gastos extraordinarios, pasando de las Jefaturas de Hacienda a los bolsillos de amigos y sostenedores del Gobierno...sueldos conglobados en un solo individuo, etc., etc.

El periódico liberal *La Reconstrucción* (Men. 25 mayo 1871) —«Estaba reservado al señor Juárez ser el jefe del partido más desvergonzado, el reo principal del asalto a mano armada al tesoro nacional.»

Era tal la inmoralidad y corrupción, la omnipotencia del crimen y el vicio, hasta creer Lerdo de Tejada, que «México sólo podía ser gobernado por bandidos y mesalinas.» (Em. Ordaz, *La Cuestión Presidencial*, 1877.)

Cosmes, tomo 20, pág. 339.—«El país se encontraba de hecho sin administración. El poder local se preocupaba más de la conservación propia que de la sociedad. El comercio suspiraba por los días de la guerra...miseria en las arcas públicas y desarrollo del bandolerismo...la agricultura hacía vanos esfuerzos para reponerse...Finalmente, Juárez procedía como tirano.»

Esto no son palabras al aire, cargos supuestos, críticas apasionadas, desahogos reaccionarios; estos datos son positivos y precisos, tomados por el P. Planchet de unos cuantos escritores no más de la flor y nata del liberalismo. A ver quien los desmiente... ¡Oh austera integridad y moralidad de D. Benito!

XLIV

Desinterés del immaculado gobernante.

¡Qué rico filón de glorias y alabanzas!

Hechos y citas de liberales:

«El General González Ortega, Ministro de la Guerra, cuando se le preguntaba, refiere Manuel Márquez de León, si

ya estaba de acuerdo con el Presidente, contestaba: Ya hice que se le mandaran los cien pesos de su haber diario, que es lo único porque se apura.»

Nuestro moderno Plinio del Trajano zapoteca, pregona con bombo y platillos aquel rasgo heroico de «modestia (parsimonia quiso decir) espartana,» cuando D. Benito redujo el sueldo del Presidente de \$36,000 a \$30,000, y lo señala con buena cursiva a la admiración de las futuras generaciones. Pero el muy listo se comulga lo demás; y lo demás es todo lo siguiente:

«El Presidente, sigue el relato de Márquez de León, sin haber expuesto su vida ni sufrido privaciones, se había cubierto siempre sus \$30,000 íntegros, se hacía pagar \$15,000 más al año para gastos de mesa, \$7,000 para la caballeriza, y se había cobrado \$93,000 de viáticos por haber andado huyendo.» Es de notar que no solía despilfarrar en convites diplomáticos.

«Lo primero que hizo al entrar a la Capital, recalca Bulnes, fué hacerse pagar íntegros sus alcances por sueldos y las leguas que había caminado cómodamente en carruaje... A los combatientes, mártires y héroes de la causa, a las familias de los muertos en campaña y fusilados por las cortes marciales, se les hacía sentir la pobreza del erario.»

Dos ocurrencias de liberales. Una de *El Ferrocarril*, 28 marzo 1872: «El país debe de felicitarse de que D. Benito no hubiese ido a dar un paseo por Europa y Asia, desde donde hubiera sido tan útil a la causa como en Paso del Norte; pues hubiera importado mucho más la liquidación de viáticos que por sí mismo se pagó.»—Otra de *El Monitor*, 4 octubre 1870: «Si los mexicanos hubieran sabido de antemano el precio a que habían de pagar la peregrinación de D. Benito y D. Sebastián (Lerdo) a Paso del Norte, indudablemente les habrían suplicado no se fueran a molestar y exponer por ellos.» «Los adulones, añade, le comparan a Kleber y a Washington: mas Kleber sólo pidió género sobrante para cubrir sus carnes, un día que estaba completamente desnudo; y Washington no más que la exención de derechos postales para su correspondencia,»

Pero la sátira más cruel, al par que graciosa, contra el *espartano* D. Benito, débese ¿a quién se diría? nada menos que a su compinche de logia, de jacobinismo y de Reforma, José

María Iglesias; y la reproduce el *Verdadero Juárez*, pág. 823. Héla aquí:

«La permanencia de Juárez en San Luis, Saltillo, Monterrey, Paso del Norte, y sobre todo Chihuahua, fué agradable, confortable, saludable e higiénica... Juárez durmió siempre en buena cama, disfrutó de buena mesa, se tonificó con delicados vinos, conversó con excelentes amigos, tuvo al alcance de sus enfermedades notables médicos y recomendables medicinas; tuvo siempre pueblos a quienes imponer contribuciones pesadas, pagadas con gusto o renegando; empleados que lo obedecieran o lo adularan; sociedades que lo divirtieran, lo elogiaran, granjeasen y lo regalasen... todas las comodidades de la vida civilizada con todos los atractivos... Es una ingratitude contra los chihuahuenses, después que se esmeraron con su dinero, su afabilidad, su respeto, sus bailes, sus banquetes, sus contribuciones, su sangre, su aliento patriótico y con toda clase de sacrificios en sostener a Juárez con exquisito cariño y probada abundancia de goces intelectuales y materiales, que se les arroje cínicamente a la cara los terribles sufrimientos que pasó Juárez en Chihuahua, comparando su estancia en esa ciudad con el peor de los círculos del infierno del Dante.»

Y sobre esos terribles sufrimientos los \$ 30,000 del sueldo y los viáticos moderados hasta los \$ 93,000.

¡Desprendimiento, parsimonia, generosidad, abnegación espartana!

Por las señas el Sr. Zayas Enríquez escribiría para los habitantes de la luna.

XLV

Talento y demás bellas prendas de D. Benito.

Instantáneas de los fotografías de casa y secta.

J. Sierra. (*Evolución*, etc., pág. 258).—«Juárez no era una intelectualidad notable; bien inferior a sus dos principales colaboradores, a Ocampo y a Miguel Lerdo de Tejada.»

José M. Iglesias.—«Ni su erudición ni su inteligencia eran de primer orden.»

Rivera. «Juárez era un abogado adocenado que dedicó toda su atención á la política, porque en cuanto a negocios de foro fué siempre poco afortunado, ni tenía dotes para hablar en público.»

Miguel Lerdo de Tejada, atestiguado por Ocampo, le calificó de apático, débil é ininteligente.

Club Veracruzano, 20 mayo 1861.—Le llamó nulo e inepto, y aseguró que durante la guerra de Reforma «había pasado el tiempo en no hacer nada.»

Ignacio Ramírez.—«¿Qué cosa puede saber Juárez que no sepan mil, diez mil, cien mil en la nación? En Guerra tiene un ejército costoso y turbulento; en Hacienda despilfarra los dineros y embrolla las cuentas; en Justicia no sabe sino matar sin figura de juicio... Los insensatos que recomiendan á Juárez como un hombre necesario, no tienen el instinto de que procediendo de este modo se degradan a sí mismos. Es estimarse muy poco, no ya como republicano, sino siquiera como hombre, el creerse uno incapaz de hacer lo que ha hecho Juárez.» (*Mensajero*, núm. 47). Y se prueba con el análisis de la carrera política del hombre desde 1857.

El órgano de Juan Alvarez, *La Estrella del Sur*, 6, 14 sep. 1859, le graduó de apático e inepto, diciendo bajo la firma de Altamirano: «Juárez sabe esperar sin padecer, no sabe obrar sacrificándose; no es el hombre de la revolución, sino el de la contrarrevolución.»

De su valor habla Juan N. Mirafuentes (*Men.* 22 marzo 1871). «Juárez aprovechó la lección de Guadalajara, y en vez de permanecer como debía, en medio de los Estados que luchaban por la Constitución, animándolos con su presencia y gobernando la República, fué a esconderse cobardemente en Veracruz, plaza entonces inexpugnable y con una aduana marítima que producía lo menos cinco millones de pesos anuales, abandonando realmente la situación a los caudillos liberales que combatían en el interior desesperadamente.»

El Correo de México en 1867.—«Juárez ha demostrado una debilidad de carácter tal, que lo ha hecho mil veces inconsecuente consigo mismo, otras tantas torpe y casi siempre instrumento de otros. Examínese su administración...»

El Ferrocarril, junio 1872.—«¡Juárez salvador de la Repú-

blica! Lo único que procuraba siempre D. Benito era poner a salvo su persona.»

«Enérgico y valiente únicamente contra cualquier pretendiente a su silla presidencial.» Dice Paz, (tomo 3º, pág. 41):

«En llegándose al punto capital para él de defender el poder contra cualquiera clase de personas, se volvía intransigente, se cubría los ojos con una venda espesa, y entonces eran nada para él los mayores atropellos y escándalos. Si era necesario dinero, mandaba que se sacara de las cajas públicas; si algunos enemigos se le presentaban al paso, los mandaba matar; si se necesitaba pasar por encima de la Constitución, la ponía en suspenso; si era necesario chocar con sus íntimos amigos, los hacía a un lado; en suma no se detenía en medios cuando trataba de vencer las dificultades. Para sostenerse en el poder por medio del terror, ordenó las hecatombas de Tamaulipas, de Sinaloa, de Jalisco, de Tampico, de Puebla y de Yucatán. Más tarde se verificó la horrible matanza de la Ciudadela.»

Por haberle dado un consejo patriótico contrario á su permanencia en el poder, persiguió a Degollado en vida y en muerte con increíble rencor. (*Cuestión Religiosa*, pág. 266).

El diputado Alcalde en el Congreso, 17 noviembre 1871.—«Hoy no es la Constitución lo que el Gobierno defiende, puesto que el Gobierno es quien la viola; lo que se defiende es el sillón presidencial... Ante la idea de conservarse en el poder, el actual Presidente de la República no vacila en sacrificar la independencia y dignidad de la patria.»

Cosmes, tomo 10, pág. 320, tomo 20, pág. 129.—«Juárez profesaba el principio de que no hay en política ni en administración hombres necesarios, y sin embargo él mismo contradecía tal teoría, juzgándose el único hombre capaz de ejercer el poder supremo... Durante su presidencia se le vió constantemente gastar y reducir a la nulidad a hombres de verdadero mérito y que hubieran podido prestar verdaderos servicios a la patria, únicamente por considerarlos rivales temibles en la cuestión del mando supremo.»

Cosmes, tomo 20, pág. 743, 580.—«En lugar de proceder con entereza, Juárez se valía de ardidés y subterfugios, de verdaderas chicanas para eludir los preceptos legales, apa-

rentando hipócritamente respeto y sumisión a ellos. Y esta hipocresía indignaba profundamente la opinión.»

Márquez de León, de cachetero. «¿Dónde están los títulos que acreditan la grandeza de Juárez? La escasez de vergüenza y patriotismo es la única herencia que nos ha dejado.... En aquel hombre sólo había pequeñez.»

XLVI

Perfumado bouquet.

Primoroso ramillete de excelencias y virtudes de D. Benito, escogido en los fragantes vergeles liberales:

Intelectualidad mediocre.—Erudición e inteligencia ordinaria.—Abogado adocenado y sin palabra.—Apático, débil e ininteligente.—Nulo e inepto sobre flojo.—Recomendarle como hombre necesario es degradarse; cualquiera es capaz de hacer lo que él hizo—Apático e inepto.—No era el hombre de la revolución.—Cobarde que se escondió y buscó su conveniencia.—Débil de carácter, torpe, siempre instrumento de otros. Salvador, no de la República, sino únicamente de su propia persona.—Intransigente defensor de su poder personal con los mayores atropellos y escándalos, con el dinero del erario, por encima de la Constitución, contra enemigos y amigos, a través de hecatombes, sacrificando la independencia y dignidad de la patria.—Que reducía a la nulidad a los hombres beneméritos y útiles a la patria, únicamente por considerarlos rivales para el mando supremo.—Trapacero para eludir los preceptos legales con hipócrita respeto.—Todo pequeñez.

Confronte quien guste este florido rosario con los anteriores testimonios de la más preciada crema liberal, y llámeme embustero, si me sorprende en dolo. A ver qué juarista prueba de quitar una sola flor a la bella guirnalda. Discurrirán hostigados por el aguijón de la triste realidad, imaginarán salidas y excepciones cuantas quieran a los amargos pareceres de sus más ilustres prohombres; pero ¿qué valen escarceos y argucias contra la unanimidad de tantas voces y el común sentir del respetable jurado de la familia liberal?

XLVII

Patriotismo de D. Benito.

Mas la virtud, dote y prenda eximia y más sobresaliente de D. Benito, su mérito más relevante, corona olímpica de claro patricio, prez y galardón de su martirizada vida, título esplendente e indisputable a la apoteosis y a la inmortalidad, centelleante estrella que opaca todos los resplandores de su prodigiosa excelencia, fué, aunque no me lo crean, su patriotismo sin par ni segundo en los anales mexicanos.

La demostración resalta e irradia con espléndida luz en los hechos del gran político, que vamos humildes cronistas a reseñar.

I. SU PRIMERA Y MAS BRILLANTE JORNADA PATRIÓTICA.—*Tratado de Mac-Lane-Ocampo*. De este celeberrimo tratado hemos dado en los párrafos XXVI y siguientes plena noticia, cumplidos comentarios y satisfactoria repulsa a sus apologías que ahorcan.

II. SU SEGUNDA PATRIÓTICA PROEZA.—Lo de Antón Lizardo o sea, *Cañoneo y apresamiento de la escuadrilla de Papachín*, tripulada por mexicanos, en aguas mexicanas, con buques americanos, por un comandante y marinos americanos; conducidos los prisioneros mexicanos con sus barcos directamente a un puerto americano, para ser juzgados ante un tribunal americano, que *los absuelve plenamente* en toda justicia. Todo esto realizado a ciencia y paciencia y por gusto del patriota Juárez, con abyecta e ignominiosa dejación y cobarde abdicación de la alta soberanía nacional.

III. OTRA PATRIÓTICA EMPRESA.—*La convención Corwin*. Hipoteca, segura de perderse por insolvencia del préstamo, y así convertida en verdadera venta, de extensos territorios de varios Estados a los Estados Unidos, negociada a espaldas del Congreso y aun giradas libranzas a cuenta del proyectado préstamo, sostenida la oferta aun después de la desaprobación del Congreso, fracasada únicamente por la bochornosa repulsa del Senado americano.

IV. OTRO RASGO DE CELO PATRIÓTICO.—*Convenio Wicke-Za-*

macona. «Aceptando este convenio, dice el liberal Castillo, habríamos perdido nuestra soberanía sin disparar un cañonazo.» Rechazólo el Congreso contra toda la terquedad de Juárez.

V. ARRANQUE PATRIÓTICO SIN IGUAL.—*Los bonos Carvajal*. Hipoteca de los Estados de Tamaulipas y San Luis Potosí, cinco millones de acres de tierras agrícolas, quinientos mil acres de terrenos minerales, un sesenta por ciento de las rentas federales... ¡viva el garbo! ¡Qué horror! Léase nuestro párrafo XXXII—y los documentos en toda su extensión en *Cuestión Religiosa* del P. Planchet, pág. 250.

VI. NUEVO ARREBATO DE PATRIOTISMO.—*El contrato Leese*. Negocio ruinosísimo y vejatorio para la nación contra la soberanía y dignidad de la patria. En *Cuestión Religiosa*, págs. 251 y sig., documentos oficiales relativos, efectos del ignominioso contrato, desastrosos unos y amenazadores otros, viles trapacerías.

VII. PATRIOTISMO INTERVENCIONISTA DE JUÁREZ.—Para mayor gloria del Benemérito y del partido liberal, que no cesaban de apodar de traidores a sus contrarios por el hecho de haber traído al país tropas extranjeras. Pero esto merece película aparte.

XLVIII

Política intervencionista.

Y va de citas irrecusables:

Cosmes, tomo 23, pág. 98, 103.—«El Gobierno de Juárez comunicó al General Sánchez Ochoa instrucciones acerca de la aceptación de servicios de extranjeros... autorizó, el 12 de noviembre de 1864, a José M. Carvajal para admitir los servicios de 10,000 extranjeros.»

El General liberal José M. Arteaga escribía desde Ciudad Guzmán, el 22 de junio de 1864: «El contrato del Sr. Juárez con los Estados del Sur es cierto... consiste en que entregarán al señor Juárez tres millones de pesos por permisos para nacionalizar su algodón, y licencia para enganchar 30,000 americanos.»

El mando de las tropas juaristas enganchadas en los Es-